

Narrativas que apoyan conflictos y la lucha en torno a ellas

Daniel Bar-Tal

School of Education, Universidad de Tel Aviv

30 Agosto 2018

Resumen	2
Introducción	2
Narrativas	3
Conflictos violentos y el rol de las narrativas	4
Justificación de los objetivos del conflicto	4
Movilización de los miembros de la sociedad	5
Justificación del uso de la violencia	5
Narrativas y necesidades humanas	7
La necesidad de sentido	7
La necesidad de seguridad	8
La necesidad de imagen positiva del colectivo propio y de identidad colectiva	8
La necesidad de justicia	9
Construcción de las narrativas que apoyan el conflicto	10
Lucha por las narrativas entre los grupos rivales	11
1° Control del flujo de información	11
2° Desarrollo de la difusión profesional de la información.	12
3° Deslegitimación de la contra-información en el propio grupo	12
4° Desacreditar la información del rival	12
5° Vigilancia de la información del rival	12
6° Desarrollar relaciones con fuentes de información y grupos en el mundo.	13
7° Desarrollar relaciones con líderes de Estados y de organizaciones internacionales	13
Conclusión	13

Resumen

Una de las principales razones para su continuación es el desarrollo de narrativas bien desarrolladas que proporcionan justificación, explicación y racionalización para su estallido y alimentan su continuación. Estas narrativas que apoyan el conflicto se transmiten a los miembros de la sociedad y se institucionalizan, mantienen y refuerzan de forma constante, sistemática y continua. En los conflictos violentos y prolongados existe una lucha inherente por las narrativas alternativas transmitidas dentro de una sociedad determinada y con las narrativas de la sociedad rival. El presente capítulo explica en primer lugar la naturaleza de las narrativas. A continuación, analiza el papel de las narrativas que apoyan el conflicto para las sociedades implicadas en conflictos sangrientos. En la siguiente parte, el capítulo analiza las necesidades que las narrativas de apoyo al conflicto deben satisfacer para ser funcionales. A continuación, explica cómo se construyen. En la última parte, el capítulo describe los métodos de lucha por las narrativas entre sociedades rivales inmersas en un conflicto irresoluble o persistente.

Introducción

Hoy en día, muchos conflictos violentos son prolongados y afectan a la vida de los miembros de la sociedad implicada como individuos y como colectivos y, en algunas circunstancias, el impacto repercute en toda la comunidad internacional. El número de conflictos armados en el mundo en 2015 fue de 50, según el Programa de Datos sobre Conflictos de Uppsala (UCDP), la cifra más alta desde 1992. Más de 97.000 personas murieron como consecuencia directa de los conflictos armados en 2015, lo que supone un ligero descenso respecto a las 104.000 de 2014. Sin embargo, el número de personas muertas en conflictos en 2014 y 2015 es mayor que en cualquier otro momento del período posterior a la Guerra Fría. Algunos de estos conflictos han continuado durante muchos años, como en Cachemira o Turquía, porque los objetivos de las sociedades implicadas son considerados por sus líderes y los seguidores como de una importancia existencial que no puede ser comprometida.

Estos conflictos se centran en desacuerdos sobre objetivos e intereses contradictorios en diferentes ámbitos como el territorio, los recursos naturales, el poder, la riqueza económica, la autodeterminación y/o los valores básicos, y estas cuestiones reales deben abordarse en la resolución de conflictos. Potencialmente, los desacuerdos podrían resolverse a través de diversos procesos, como la negociación, la mediación o el arbitraje, pero la realidad demuestra que es muy difícil resolverlos pacíficamente.

Una de las principales razones de su continuación es el desarrollo de narrativas bien desarrolladas que proporcionan justificación, explicación y racionalización para su estallido y alimentan su continuación. Estas narrativas que apoyan el conflicto se transmiten a los miembros de la sociedad y se institucionalizan, mantienen y refuerzan de forma constante, sistemática y continua. En consecuencia, es difícil construir e impartir narrativas alternativas que proporcionen una base epistémica para el establecimiento de la paz y, por tanto, para desescalar el conflicto y emprender el camino de la paz.

Cuando no pueden concebir una alternativa a la violencia, los líderes, sus seguidores y las instituciones de las sociedades implicadas en conflictos violentos realizan enormes esfuerzos para mantener las narrativas que apoyan el conflicto entre los miembros de la sociedad con el fin de asegurar la movilización para participar en el conflicto. Sin una movilización plena, es muy difícil gestionar un conflicto violento con el grupo o la sociedad rival. Por lo tanto, las sociedades involucradas luchan por preservar la hegemonía de las narrativas que apoyan el conflicto y tratan de impedir la aparición y difusión de información y narrativas alternativas que desafíen el dominio de las hegemónicas. Cambiar las narrativas que apoyan el conflicto y que han sido institucionalizadas durante años e incluso décadas, requiere un cambio social y es un reto importante similar al de cambiar creencias ideológicas muy arraigadas o incluso dogmas religiosos.

Además, cada una de las sociedades implicadas en un conflicto violento intenta con todo su esfuerzo persuadir a la comunidad internacional de la veracidad, credibilidad y moralidad de su propia y respectiva narrativa, al tiempo que empaña, deslegitima y refuta la fiabilidad, franqueza y moralidad de las narrativas propagadas por la sociedad rival en el conflicto. Así pues, en los conflictos violentos y prolongados existe una lucha inherente por las narrativas alternativas que se transmiten dentro de una sociedad determinada y con las narrativas de la sociedad rival. Estas luchas son muy agresivas y pueden abarcar una naturaleza de tolerancia cero, es decir, de "no tomar prisioneros". Las sociedades en conflicto consideran esta guerra de palabras tan importante como los enfrentamientos físicamente violentos. Piensan, con razón, que el resultado de esta lucha verbal puede determinar el resultado del conflicto. Si los partidarios de la continuación del

conflicto pierden el respaldo de la mayoría de los miembros de su sociedad y de la comunidad internacional al negar y rechazar la narrativa que justifica el conflicto, no podrán continuarlo.

En este capítulo se explicará en primer lugar la naturaleza de las narrativas. A continuación, analizará el papel de las narrativas que apoyan el conflicto para las sociedades implicadas en conflictos sangrientos. En la siguiente parte, el capítulo analizará las necesidades que se supone que satisfacen las narrativas de apoyo al conflicto. En la última parte, se describirá la lucha por las narrativas entre sociedades rivales inmersas en un conflicto irresoluble.

Narrativas

El concepto "narrativa" se refiere a una historia sobre un evento o eventos que ocurren a lo largo del tiempo, que tiene una trama con un claro punto de partida y de llegada y que proporciona una coherencia secuencial y causal (por ejemplo, Bruner, 1990; László, 2008). Puede centrarse en un acontecimiento, una serie de acontecimientos o un proceso que concierne a la vida de un individuo o de un grupo. En este capítulo, nos centramos en un tipo particular de narrativa denominada narrativa colectiva, definida como una construcción social que describe y/o explica y/o justifica coherentemente un acontecimiento o asunto basado en una experiencia colectiva que preocupa al colectivo.

Las narrativas colectivas proporcionan una historia secuencial, sistemática y causal relevante para la agenda colectiva, que se incrusta en su sistema de creencias sociales, y también puede representar su identidad colectiva. Estas narrativas son de interés central en la vida de cada grupo de esa sociedad porque proporcionan una descripción de los acontecimientos pasados y una base epistémica para la justificación de los objetivos y las políticas actuales, así como la base de las aspiraciones y metas futuras de la sociedad (véase, por ejemplo, Srour, Sagy, Mana y Mjally-Knani, 2013).

Dos términos adicionales son los más relevantes para este análisis: una narrativa hegemónica y una contra narrativa. Una narrativa hegemónica ofrece guiones culturales a los miembros de la sociedad que proporcionan una forma de identificar lo que se asume como una experiencia consensuada (Hammack, 2008). Es aceptada por los líderes y la mayoría de los miembros de la sociedad como una historia válida que ilumina su realidad y, por tanto, sirve de guía para continuar con las prácticas colectivas. Por otro lado, las contra narrativas proporcionan una construcción social diferente que establece explicaciones e iluminaciones alternativas de la historia basadas en información y valores diferentes, y como resultado establecen nuevas metas.

Proporcionan una secuencia de acontecimientos históricos y actuales, cada uno con diferentes implicaciones (Bamberg y Andrews, 2004; Lindemann, 2001). De hecho, a menudo estas contra-narrativas compiten con las narrativas hegemónicas, ejerciendo resistencia a las mismas, al tiempo que intentan ser legitimadas e institucionalizadas.

También se suele distinguir entre narrativas específicas y narrativas maestras (Auerbach, 2010). Las primeras se centran en fechas, escenarios, personajes y acontecimientos concretos, y cuentan una historia particular que pertenece a un marco más amplio. Las narrativas maestras, por el contrario, consisten en una historia holística, completa y exhaustiva que ofrece una perspectiva amplia sobre el pasado, el presente o incluso el futuro de un grupo.

En todos los conflictos violentos, las dos o más partes implicadas construyen narrativas colectivas de apoyo al conflicto: Las narrativas maestras y las narrativas específicas suelen convertirse en narrativas hegemónicas dentro de esa sociedad.

La narrativa maestra presenta las causas del conflicto, describe al grupo rival y al propio, elabora las condiciones necesarias para ganar el conflicto, etc. (véase Bar-Tal, 2007, 2013). Además de esta narrativa general de apoyo al conflicto, siempre hay narrativas específicas relativas a los principales acontecimientos del conflicto, como las guerras, las principales batallas o las personalidades implicadas en el conflicto (Auerbach, 2010). Todas estas narrativas de apoyo al conflicto desempeñan un papel importante en el estallido de los conflictos, en el uso de medios violentos que a menudo violan los códigos morales de conducta, y en la dificultad para resolver estos conflictos de forma pacífica. Son necesarias en todos los conflictos violentos de la era moderna. Ningún liderazgo puede iniciar un conflicto violento y dirigir las fuerzas de combate sin ellos. Ninguna sociedad puede movilizarse para participar en el conflicto violento sin su explicación y justificación, que son aceptables y legítimas. Estas son las funciones sagradas de las narrativas.

Conflictos violentos y el rol de las narrativas

Además de la matanza y la destrucción típicas de todos los conflictos violentos, la lucha por las narrativas que apoyan el conflicto tiene una gran importancia estratégica.

En primer lugar, los líderes deben persuadir a los miembros de la sociedad afectada de que los objetivos del conflicto son existenciales y, por tanto, el conflicto está justificado, es necesario e inevitable.

En segundo lugar, deben convencerles de la necesidad de movilizarse para participar.

En tercer lugar, deben asegurar a los miembros de la sociedad que la violencia es necesaria, en cuyo caso los miembros de la sociedad tienen que estar dispuestos a sacrificar sus vidas y, al mismo tiempo, a matar a los miembros del otro grupo. Cada una de estas misiones se desarrollará a continuación.

Justificación de los objetivos del conflicto

Los conflictos violentos que, por su naturaleza, exigen el máximo sacrificio deben establecer una narrativa muy persuasiva para justificar los objetivos del conflicto. La narrativa tiene que presentar el objetivo como existencial desde el punto de vista de las partes participantes y como indispensable para la supervivencia del grupo. Muchos de los objetivos están relacionados con los ingredientes básicos de la identidad social y muchos tienen también un importante valor simbólico (Coleman, 2003).

Definir el conflicto en términos de identidad social significa que los miembros de esa sociedad consideran que sus privaciones afectan a la esencia de su ser como grupo (Ellemers, 2002). Por lo tanto, el grupo percibe que las metas a las que aspira son esenciales para la existencia del grupo (Korostelina, 2006). Según Rothman (1997), los conflictos que se definen en términos de identidad social están "profundamente arraigados en las necesidades y los valores humanos subyacentes que, en conjunto, constituyen las identidades sociales de las personas" (p. 6).

Las razones que se aportan como justificación de los objetivos pueden derivarse de diferentes categorías, extraídas de las esferas histórica, económica, nacional, teológica, cultural o económica, y con frecuencia se plasman en la ideología nacional o étnica que desempeña un papel vital en el carácter de la sociedad. Dado que los objetivos de la otra parte están en contradicción directa con los objetivos del grupo interno, el nivel de contradicción percibido es inmenso y, por tanto, requiere una intervención violenta.

Horowitz (1985) consideró que esta percepción se deriva del miedo a la extinción que domina los conflictos intratables, porque los grupos temen que si no logran plenamente sus objetivos, tendrán dificultades para existir o incluso desaparecerán como entidad distinguible. Esta emoción puede definirse como angustia colectiva que surge cuando los miembros del grupo valoran una situación como potencialmente perjudicial para el futuro del grupo (Wohl y Branscombe, 2008). Debido a esta percepción y sentimiento, las partes implicadas en un conflicto intratable se resisten a los intentos de resolverlo, ya que la resolución del conflicto siempre exige compromisos en los objetivos de la sociedad dada.

Algunos de los objetivos se presentan como reflejo de valores sagrados. Según Tetlock (2003), los valores sagrados se definen como "aquellos valores que una comunidad moral trata como si poseyeran un significado trascendental que excluye las comparaciones, las compensaciones o, de hecho, cualquier mezcla con valores seculares" (p. 320).

Los objetivos que se basan en valores sagrados se consideran "mandatos morales" (Skitka, 2002) y, en consecuencia, es imposible utilizar herramientas racionales para medir su utilidad o sustitución (Landman, 2010). Por lo tanto, estos objetivos se consideran protegidos y comprometerlos implica la quiebra moral y la violación de las normas fundamentales de la ética (Landman, 2010).

Obviamente, las metas no pueden declararse como "sagradas" por sí solas, ya que su estatus requiere una justificación o explicación especial. A menudo, el estatus sagrado de las metas se basa en creencias religiosas y/o histórico-nacionales que dan contenido a la identidad colectiva (David y Bar-Tal, 2009). Pero otros objetivos, que reflejan aspiraciones supremas, también pueden recibir un estatus "sagrado", como por ejemplo, la seguridad existencial, la satisfacción de las necesidades humanas básicas, la autodeterminación, la igualdad, la libertad o la justicia (Skitka, 2002).

Sin embargo, todavía hay un elemento más necesario en las narrativas, además de los objetivos esbozados y su explicación y justificación. Las narrativas tienen que convencer a los miembros de que otro grupo tomó injustamente los bienes en disputa, y/o los ha poseído injustamente durante mucho tiempo, y/o los quiere injustamente, mientras que la propia demanda de los miembros se basa en una necesidad grupal justificada.

Esta condición es importante porque los grupos pueden ser conscientes de su estado de privación e incluso reconocer las relaciones entre su propio estado y el de otro grupo, pero también creer que su estado está justificado y/o legitimado. Así, en esta concepción psicológica formulada, una condición fundamental para la evolución del conflicto violento es la construcción de las narrativas que explican que los objetivos, la posesión, los intereses o los valores del grupo rival impiden injustamente la satisfacción de las necesidades del grupo interno y la consecución del objetivo necesario (véase también Gurr, 1993; Kriesberg, 2007; Tajfel y Turner, 1986).

Queda claro que ambos grupos no pueden alcanzar estos objetivos particulares porque se consideran indivisibles, o porque no ven legitimidad, necesidad o justificación para dividirlos. En consecuencia, los objetivos de los dos grupos chocan, ya que sólo uno de ellos puede obtener los bienes en cuestión. En consecuencia, hay que persuadir u obligar a un grupo a cambiar y/o abandonar sus objetivos, su posesión y sus intereses para que el otro grupo pueda alcanzar sus propios objetivos.

Movilización de los miembros de la sociedad

Un axioma que debe tenerse en cuenta es que sin la participación de los miembros del grupo, los conflictos no pueden evolucionar, ganar fuerza o mantenerse. En otras palabras, los conflictos intrincados requieren la movilización de los miembros del grupo (Williams, 1994) porque el número de partidarios del conflicto, el número de participantes activos en ellos y el grado de su motivación, devoción y compromiso con los objetivos del conflicto son determinantes para su estallido, desarrollo y continuación.

Así pues, el reto de toda sociedad que entra en conflicto es movilizar a los líderes, las élites y las masas. Esto significa que los miembros de la sociedad, incluidas las élites y las masas, tienen que reconocer la importancia de los objetivos del conflicto y participar sin descanso en él. Además, debido a su naturaleza única, un conflicto requiere la participación intensiva y activa de los miembros de la sociedad, así como su disposición a incurrir en costes, incluido el sacrificio de vidas. Esta es una condición necesaria para llevar a cabo con éxito un conflicto violento.

La movilización es el reclutamiento deliberado de los miembros de la sociedad para que se involucren en la causa del conflicto. En un nivel básico, puede verse como una especie de proceso de persuasión con el objetivo de convencer a los miembros del grupo para que se unan al conflicto. Esto va de la mano de las narrativas suministradas por los agentes que movilizan a los miembros de la sociedad para que participen. Así, los miembros del grupo pueden ser movilizados al ser persuadidos por las narrativas, aceptando la visión consensuada sobre el conflicto y, en un nivel superior, pueden ser movilizados para unirse a las actividades relacionadas con el conflicto (movilización de la acción, véase Klandermans, 1984).

En el caso del conflicto, es importante esta última movilización porque los conflictos violentos requieren por naturaleza la participación activa de los miembros de la sociedad, no sólo la movilización consensuada. La participación activa en los conflictos violentos requiere por naturaleza un enorme sacrificio personal. Los participantes activos suelen tener que abandonar su rutina normal e incurrir en costes económicos, lo que perjudica su vida familiar y pone en peligro su vida personal, y a veces incluso la de otras personas de su entorno social (van Zomeren & Iyer, 2009).

Justificación del uso de la violencia

La movilización significa no sólo que las y los individuos se identifican con el grupo, sino también que aceptan los objetivos relacionados con el conflicto, la dirección de la acción que toma el grupo, los medios que utiliza y que están dispuestos a llevar a cabo diversas actividades esenciales en nombre del grupo, incluidas las operaciones militares para iniciar el conflicto. Además, están dispuestos a seguir utilizando medios militares a lo largo del conflicto.

El uso de la violencia en el conflicto es un requerimiento muy especial. Los actos de violencia se definen como aquellos que se llevan a cabo con la intención de dañar al rival y/o con la intención de beneficiar al propio grupo que resulta en el daño del otro grupo (véase también Baron y Richardson, 1994). De hecho, Brubaker y Laitin (1998) observaron que "la violencia no es un grado cuantitativo de conflicto, sino una forma cualitativa de conflicto, con su propia dinámica" (p. 426).

Los seres humanos consideran que la violencia que desemboca en asesinatos es especialmente dolorosa y las pérdidas son duras. La preservación de la vida es quizás uno de los valores más sagrados y universales de la cultura humana. Por otra parte, matar o herir físicamente de forma grave a otro ser humano se considera -con algunas excepciones- la violación más grave del código moral (Donagan, 1979; Kleinig, 1991).

El mandamiento monoteísta "No matarás" es un precepto ampliamente aceptado y es probablemente el que más importancia tiene para la mayoría de las sociedades, si no todas (Feldman, 1992). Las sociedades tienden a adherirse a este mandamiento con devoción, creando normas y promulgando leyes para preservarlo. En los tiempos modernos, el derecho a la vida se ha convertido en un principio moral fundamental; en la mayoría de las circunstancias, a ninguna persona se le permite quitarle la vida a otra.

Quitar una vida humana, especialmente la de un inocente, es un pecado imperdonable en casi todas las situaciones. Quienes violan los códigos morales y legales relativos a la santidad de la vida son castigados severamente. Pero en los conflictos violentos, los seres humanos no sólo matan a los combatientes, sino que a veces también matan a civiles inocentes, incluidos hombres, mujeres, ancianos(as) y niños(as). Para nuestro caso es relevante que los seres humanos suelen estar satisfechos y orgullosos de la realización de estos actos. Además, en casi todos los conflictos violentos los seres humanos participan activamente en la realización de actos inmorales y atrocidades de diversa índole, como violaciones, torturas, masacres, limpieza étnica e incluso genocidio, y en algunos casos incluso se sienten muy orgullosos de estas fechorías. Las sociedades incluso premian y recompensan a menudo la violencia contra los miembros del grupo rival y los ejecutores son vistos como héroes.

No cabe duda de que para llevar a cabo cualquier tipo de violencia, los seres humanos necesitan narrativas persuasivas que les proporcionen un permiso psicológico para matar y realizar actos brutales e inmorales. Estas narrativas explican y justifican el uso de la violencia contra los combatientes y contra los civiles inocentes, incluida la violencia contra los seres humanos y la destrucción de la propiedad (véase, por ejemplo, Apter, 1997). Las narrativas tienen que justificar esta toma extra-normativa de la vida de alguien que el combatiente ni siquiera conoce personalmente, sino que sólo identifica como un enemigo que lleva a cabo fechorías, daña intencionadamente a otros e institucionaliza la agresión hacia ellos.

Las narrativas utilizan una categoría general homogeneizada, indiferenciada, desindividualizada y deslegitimada del grupo rival que puede aplicarse a un grupo étnico, religioso o ideológico. Es esta etiqueta la que proporciona el permiso psicológico para matar a los miembros del grupo rival (Bar-Tal y Hammack, 2012). De hecho, las narrativas reducen la activación de los mecanismos psicológicos que suelen impedir que los individuos y los grupos cometan actos perjudiciales. Esta es una función importante de las narrativas de apoyo al conflicto que resuelve los sentimientos de disonancia, culpa y vergüenza de los miembros del grupo.

Los sentimientos de culpa y vergüenza, las consideraciones morales o la motivación para mantener una visión colectiva positiva de sí mismo son las salvaguardas humanas de la conducta humana, pero a menudo no funcionan cuando los individuos se perciben a sí mismos como víctimas y deslegitiman al oponente. Permiten lo que Bandura (1999) denominó "desconexión moral", una separación psicológica de las consideraciones morales y otras salvaguardas humanas que suelen prevenir los actos de violencia.

En resumen, las narrativas que apoyan los conflictos desempeñan un papel importante en el estallido de los mismos y en su continuación, por lo que es imperativo que los miembros de la sociedad afectada las consideren centrales y esenciales, y con gran confianza. No se puede exagerar su gran importancia porque vienen a justificar las razones de grandes sacrificios por parte de los miembros de la sociedad, incluida la vida humana.

Hasta ahora, he explicado los tipos de retos que deben superar las narrativas para persuadir a los miembros de la sociedad a participar en el conflicto violento. Llegados a este punto, me gustaría pasar a hablar de las propias narrativas y de la premisa de que, para que las narrativas cumplan su función, tienen que satisfacer las necesidades humanas que se encuentran en el núcleo del contexto relativo al conflicto violento.

Narrativas y necesidades humanas

Como se ha explicado anteriormente, las narrativas que apoyan el conflicto desempeñan un papel crucial en el estallido y la continuación de un conflicto. Estas narrativas tienen que ser persuasivas para convencer a los miembros de la sociedad de que tomen parte activa en el conflicto. Además, deben ser sencillas, comprensibles y moralistas de manera que transmitan los argumentos de forma clara e inequívoca.

Los argumentos deben entenderse primero, y luego deben ser capaces de motivar a los miembros de la sociedad a actuar. Este último requisito es un verdadero reto, ya que, como se ha señalado anteriormente, los miembros de la sociedad no sólo deben empezar a actuar a un nivel mínimo expresando su interés y preocupación, sino que con frecuencia tienen que abandonar su entorno de apoyo, entrar en el círculo de la acción y, a continuación, posiblemente incluso arriesgar su vida.

Sin embargo, un requisito especial para la narrativa persuasiva es que satisfaga las necesidades de los miembros de la sociedad. Fue Maslow quien esbozó la importante jerarquía de necesidades humanas básicas que subyacen a la supervivencia física, la seguridad y la autorrealización (Maslow, 1970).

Se trata de necesidades fundamentales: sin ellas, tanto los individuos como los colectivos tienen dificultades para sobrevivir. Para que las personas funcionen correctamente como individuos y miembros de la sociedad, sus necesidades deben ser satisfechas (Maslow, 1970). Se refieren, en primer lugar, a los bienes, recursos o riqueza necesarios para satisfacer necesidades básicas como el hambre, así como la seguridad en sus diferentes aspectos. En segundo lugar, vienen las necesidades relacionadas con la estima y la autorrealización, como la identidad social positiva o la autodeterminación. La privación de estas necesidades (o al menos de una de ellas) motiva el establecimiento de metas que pretenden satisfacerlas.

La teoría original de Maslow se refería a las necesidades individuales, pero los conceptos actuales se centran en ambos niveles, es decir, en las necesidades individuales y colectivas. Por ejemplo, varias teorías se han referido directamente a las necesidades colectivas, proponiendo que los colectivos también deben satisfacer ciertas necesidades (Azar, 1986; Bar-Tal, 2013; Burton, 1990; Galtung, 1996; Staub, 2011). Entre las necesidades colectivas más importantes que señalaron están la necesidad de significado y comprensión, de seguridad, de mantener una imagen positiva del colectivo, de identidad colectiva positiva, de libertad y de bienestar. He omitido la necesidad de supervivencia física porque es obvia y me centro aquí sólo en las necesidades psicológicas.

La necesidad de sentido

Los contextos de los colectivos que viven en la privación y también en el conflicto violento son por naturaleza inciertos, ambiguos e imprevisibles. En estos contextos, los miembros de los colectivos no saben lo que les puede pasar a ellos y a su colectivo porque su situación no sólo depende del grupo interno, sino también de la parte rival que tiene malas intenciones y es capaz de infligir un gran daño a los miembros del grupo interno.

Cuando el conflicto estalla abiertamente, no saben cuándo tendrá lugar la siguiente ronda de violencia, o cuándo les ocurrirá algo malo a ellos o a alguien querido. En este contexto, los individuos suelen sentir que no tienen control sobre la situación y que no dominan su destino. Sienten que viven en un entorno imprevisible en el que a veces experimentan impotencia e incluso desesperanza. Por lo tanto, los miembros de la sociedad se esfuerzan por satisfacer la necesidad epistémica de una comprensión significativa de la situación de conflicto. Es decir, tener una imagen coherente, organizada y predecible del mundo en el que viven (Baumeister, 1991; Maddi, 1971; Reykowski, 1982).

Por lo tanto, las narrativas que apoyan el conflicto tienen que proporcionar una imagen coherente, organizada, significativa y fiable de la situación, y crear previsibilidad. En concreto, tienen que describir claramente las privaciones que han llevado al conflicto y cómo el rival es responsable de ellas. Las privaciones deben describirse en términos amplios que demuestren la amenaza a la existencia del grupo, y también concluir que sólo un conflicto violento puede provocar un cambio en el nivel de peligro de la situación. De hecho, las buenas narraciones satisfacen esta necesidad y al mismo tiempo ofrecen una imagen significativa y coherente de por qué estalló el conflicto, además de por qué es importante continuarlo y hacer sacrificios por sus objetivos. Retran la realidad del conflicto de forma clara y predecible para que los miembros de la sociedad sepan lo que ocurre y lo que pueden esperar. Las narraciones sirven así como un factor que contribuye a la resiliencia de los miembros de la sociedad, sirviendo de amortiguador de las consecuencias negativas.

La necesidad de seguridad

La satisfacción de la necesidad de seguridad también es de gran importancia en tiempos de conflicto violento, ya que los individuos se esfuerzan por sentir seguridad, estabilidad, protección y estar libres de miedo y ansiedad (Maslow, 1970). La seguridad es una precondition esencial de una existencia ordenada para un individuo, un colectivo y un sistema social. Por lo tanto, la necesidad de seguridad es una de las necesidades más básicas de los seres humanos (Maslow, 1970). Los seres humanos, como individuos y como miembros de la sociedad, se esfuerzan por satisfacer las necesidades de protección, seguridad y supervivencia porque son requisitos previos para gestionar la vida normal.

Los conflictos violentos, por naturaleza, plantean muchos problemas de seguridad diferentes para los miembros de la sociedad como individuos y para la sociedad en su conjunto. Los miembros de la sociedad se preocupan por su capacidad personal de vivir en condiciones difíciles, por la supervivencia de su grupo, por las pérdidas de su colectivo, por las ganancias militares y políticas del adversario, por los problemas económicos, por las amenazas a los valores culturales, etc.

Además, el contexto de un conflicto complejo y persistente suele provocar la pérdida de seguridad personal y colectiva. Los miembros de la sociedad sienten que su existencia no es segura debido a las diversas amenazas que aparecen en el contexto de un conflicto violento. Estas amenazas pueden referirse a la pérdida de la vida, las lesiones, la pérdida de la vivienda o del empleo, la limitación de la libertad cultural o religiosa e incluso del sistema y los valores democráticos. Muchas de estas amenazas son continuas y perturban el flujo de la vida normal.

Por lo tanto, las narrativas que apoyan el conflicto tienen que abordar la necesidad de seguridad. El contenido se refiere sobre todo a la inseguridad que experimentan los individuos tanto a nivel personal como colectivo, las fuentes de la inseguridad en su opinión, y las condiciones que pueden asegurar la supervivencia personal y nacional. Las narraciones identifican las diversas amenazas que provocan la inseguridad y esbozan las condiciones que refuerzan e incluso establecen la existencia segura. En cuanto a la identificación de estas amenazas, las narraciones señalan en primer lugar al rival en conflicto como la fuente más peligrosa de inseguridad. Las intenciones del rival, su capacidad y las acciones que ya han tenido lugar son indicadores de un grave peligro para la seguridad. A continuación, las narrativas detallan las condiciones que pueden cambiar el actual e inaceptable estado de inseguridad.

Casi siempre las narrativas señalan la necesidad de ganar el conflicto o al menos de resistir al rival. Cada sociedad en conflicto violento especifica sus propias condiciones de seguridad y éstas se ven influidas por diversos factores, como la naturaleza del conflicto intratable, las características del enemigo, la cultura de la propia sociedad, las consideraciones jurídicas, etc.

La necesidad de imagen positiva del colectivo propio y de identidad colectiva

Otra necesidad que deben satisfacer las narrativas es la necesidad de una imagen colectiva positiva. El contenido de estas creencias puede referirse a una serie de rasgos, valores o habilidades positivas que caracterizan a la sociedad, como la humanidad, el civismo, la moralidad, la equidad y la fiabilidad, por un lado, y la competencia, el valor, el heroísmo o la resistencia, por otro. Pero las narraciones también se refieren a acciones positivas realizadas en el pasado y a contribuciones positivas a la humanidad y a la civilización (Hirshberg, 1993; Kaplowitz, 1990). Eidelson y Eidelson (2003) hablaron en este sentido de la "convicción compartida de superioridad moral, capacidad de elección, derecho y destino especial" (p. 184) que los grupos en conflicto mantienen sobre sí mismos.

Estas creencias reflejan la tendencia general al etnocentrismo documentada en diferentes grupos (LeVine y Campbell, 1972; Sumner, 1906) y la lucha por la identidad social positiva asumida por Tajfel (1981) que caracteriza a los miembros del grupo. Sin embargo, en tiempos de conflicto violento cobran especial importancia. La cantidad de esfuerzo que se exige, la necesidad de movilización y, sobre todo, el mantenimiento de la violencia, la perpetración de actos agresivos e inmorales (a veces incluso atrocidades) requieren el mantenimiento de una imagen positiva estable de sí mismo.

Se trata de una tarea muy difícil porque, por su naturaleza, los conflictos violentos implican comportamientos que violan las normas morales. Como mínimo, implican asesinatos de seres humanos que luchan contra rivales (es decir, soldados, combatientes, etc.). Sin embargo, todos los conflictos violentos también incluyen graves

transgresiones inmorales porque también implican asesinatos de civiles que no participan en enfrentamientos violentos. Estos actos pueden incluir asesinatos, violaciones, lesiones, expulsiones, torturas, violaciones de los derechos humanos básicos para impedir la libre circulación y otras actividades básicas, humillaciones, destrucciones que a menudo se extienden a masacres, limpiezas étnicas y/u otras atrocidades. Los miembros de la sociedad que llevan a cabo estos actos tienen una fuerte necesidad de verse a sí mismos como seres humanos bondadosos. Así, los grupos implicados en conflictos violentos se dedican a una intensa autojustificación, autoglorificación y autoelogio, así como a la desvinculación moral.

Una forma de lograr una imagen positiva del colectivo propio es contrastar las características positivas atribuidas al grupo interno con las características del adversario (Frank, 1967; Stagner, 1967). El objetivo es formar una imagen de sí mismo que sea superior en comparación con el enemigo y hacer una diferenciación destacada entre "ellos" y "nosotros". Para lograr la máxima diferenciación, las narrativas que apoyan el conflicto retratan al oponente en términos deslegitimadores (Bar-Tal, 1989, 1990; Bar-Tal & Hammack, 2012; Bar-Tal & Teichman, 2005; Stagner, 1967; White, 1970).

La deslegitimación se define como la categorización de un grupo, o grupos, en categorías sociales extremadamente negativas que lo excluyen, o los excluyen, de la esfera de los grupos humanos que actúan dentro de los límites de las normas y/o valores aceptables, ya que se considera que estos grupos violan las normas o los valores humanos básicos y, por lo tanto, merecen ser maltratados. En esencia, la deslegitimación niega la humanidad y la moralidad del adversario, proporcionando una especie de permiso psicológico para dañar al grupo deslegitimado (Bar-Tal y Teichman, 2005; Kelman, 2001; Opatow, 1990; Rieber, 1991) y tiene las siguientes características (1) Magnifica la diferencia entre los grupos en conflicto; (2) Homogeneiza y desindividua al grupo deslegitimado como una entidad maligna sin rostro humano, no permitiendo la individualización de sus miembros ni la diferenciación entre sus subgrupos.

Dado que las sociedades implicadas en un conflicto intratable consideran que sus propios objetivos están justificados y se perciben a sí mismas de forma positiva, atribuyen toda la responsabilidad del estallido del conflicto y de su continuación al adversario. El repertorio de creencias incluido en las narrativas se centra en los objetivos injustos del rival y, especialmente, en las fechorías, la hostilidad, las atrocidades, la mezquindad, el desprecio por la vida humana y la brutalidad del otro bando. Además, se presenta al rival como alguien que infringe los códigos morales y, por tanto, se le sitúa más allá de los límites de la comunidad moral internacional.

La necesidad de justicia

Los individuos tienen una necesidad básica de ser justos que es una derivación de la necesidad de una imagen positiva del colectivo propio, así como de la identidad colectiva presentada anteriormente. Según Lerner (1980) se trata de una necesidad primaria que lleva a los miembros del grupo a esforzarse por ser percibidos como justos a los propios ojos y a los de otros individuos y grupos. Las personas tienen la necesidad de creer que el mundo es justo y actúan con justicia.

Los miembros del grupo tienen una gran dificultad para asumir la responsabilidad de las fechorías que anulan la percepción de la justicia del colectivo propio. En tiempos de conflicto, esta necesidad se hace muy patente por dos razones:

- a. cada parte tiene unos objetivos que son subrayados por las narrativas de apoyo que proporcionan las justificaciones para llevar el conflicto con su violencia. Esta justificación hace que los miembros de la sociedad sientan que son justos.
- b. los conflictos irresolubles o complejos implican necesariamente la violencia, incluido el comportamiento inmoral. No hay violencia sin fechorías que se consideren atroces, al menos violando los derechos humanos y a menudo mucho más.

En estas condiciones, la necesidad de justicia empieza a desempeñar un papel importante. Los miembros de la sociedad que ejercen la violencia con los actos inmorales necesitan sentir que los llevan a cabo por objetivos justos. Las narrativas proporcionan las justificaciones y entonces los combatientes y el resto de los miembros de la sociedad se convencen de que la violencia con los actos inmorales es necesaria para la consecución de los objetivos existenciales y sagrados del intragrupo.

Construcción de las narrativas que apoyan el conflicto

Las narrativas maestras y las otras narrativas más específicas que contienen temas funcionales se construyen necesariamente según varias características.

En primer lugar, las narraciones se construyen de forma selectiva. Esto significa que comprenden principalmente contenidos que son coherentes con los temas de las narrativas de apoyo al conflicto, mientras que se omiten los contenidos incoherentes (Tint, 2010; Wertsch, 2002).

En segundo lugar, las narrativas se construyen de forma sesgada, lo que significa que los temas de las narrativas se construyen con la intención de llegar a la conclusión particular que las apoya. Por lo tanto, el procesamiento de la información, como las pruebas, las experiencias, etc., está guiado por esta motivación, es decir, sus interpretaciones, evaluaciones e inferencias (Brandenberger 2009; Wertsch, 2002).

En tercer lugar, las narrativas se construyen a través de la distorsión, ya que o bien omiten contenido que es inconsistente con los temas de la narrativa y/o añaden contenido que no tiene ninguna evidencia de apoyo, sino que dirige el apoyo hacia estos temas (Baumeister & Hastings, 1997; Heisler, 2008; Tint, 2010). Por último, el cuarto principio, la simplificación, sugiere que las narraciones contienen argumentos poco complicados y generales, así como afirmaciones generales que apoyan sus temas principales.

De hecho, se construyen como historias en blanco y negro en las que el rival es retratado en términos negativos y malvados, mientras que el grupo interno es visto en un marco positivo y glorificador (Auerbach, 2010; Papadakis, 2008; Torsti, 2007). Bar-Tal, Oren y Nets-Zehngut (2014) propusieron una serie de métodos que guían la construcción de narrativas que apoyan el conflicto:

- 1) **Dependencia de las fuentes de apoyo.** Al utilizar este método, la construcción de las narrativas de apoyo al conflicto se basa en fuentes que proporcionan información coherente con los temas de esta narrativa. Esto significa que en la construcción de la narrativa maestra se presentan documentos, testimonios, materiales, historiadores y líderes que apoyan sus temas principales, mientras que las fuentes que proporcionan contenidos que contradicen estos temas son deliberada y totalmente ignoradas o minimizadas.
- 2) **Magnificación de los temas de apoyo.** Los temas de las narrativas que apoyan el conflicto son exagerados, sobresalientes y centrales, especialmente los que tienen que ver con la justicia de los objetivos, la presentación del propio colectivo, la deslegitimación del rival y el patriotismo. Se repiten en diferentes narrativas menores específicas y de diferentes maneras, y cada acontecimiento pasado que apoya la narrativa recibe un énfasis especial.
- 3) **Marginación de la información contradictoria.** En general, las narrativas que apoyan el conflicto marginan el contenido que contradice sus temas principales. Estos contenidos se presentan con una importancia mínima o se ocultan para que no sean relevantes, y no se repiten.
- 4) **Interpretaciones sesgadas.** Este método proporciona inferencias, evaluaciones, juicios y explicaciones causales de los acontecimientos y procesos hacia direcciones que sostienen los temas de las narrativas que apoyan el conflicto. Este método se utiliza especialmente en relación con la información y los conocimientos ambiguos que pueden interpretarse con conclusiones diferentes.
- 5) **Fabricación de contenido de apoyo.** Este método refleja el uso de contenidos (detalles e incluso acontecimientos) en las narraciones que no tienen ninguna prueba de apoyo con el fin de crear una historia coherente y con sentido dentro de sus temas principales.
- 6) **Omisión de contenidos contradictorios.** Las narraciones que apoyan el conflicto omiten contenidos (por ejemplo, acontecimientos, procesos o individuos) que tienen una base probatoria firme pero que contradicen sus temas.
- 7) **Uso del lenguaje de encuadre.** Este método se refiere al uso de términos, conceptos y formulaciones que enmarcan la historia de una manera que se alinea con los temas de las narraciones que apoyan el conflicto. Parte de la base de que el lenguaje utilizado dicta la forma en que las personas perciben la realidad. El lenguaje utilizado también desencadena las emociones, la memoria, la cognición y la motivación existentes, y las alimenta y moldea en consonancia con la narrativa que apoya el conflicto.

Lucha por las narrativas entre los grupos rivales

En la última parte del capítulo vuelvo al punto de partida. Las sociedades rivales construyen sus narrativas de apoyo al conflicto y durante el mismo se lleva a cabo una lucha entre ellas. Una de estas luchas que tiene lugar dentro de cada sociedad es el intento de bloquear las narrativas alternativas que se desarrollan, especialmente cuando al menos un segmento de esa sociedad identifica que existe una mínima probabilidad de resolver el conflicto de forma pacífica.

Los líderes, las instituciones y las organizaciones que apoyan la continuación del conflicto hacen todo lo posible por mantener las narrativas que apoyan el conflicto e impedir la exposición, la penetración y la legitimación de las narrativas negativas que sugieren un compromiso con respecto a los objetivos del conflicto, y también presentan al rival como un socio para la pacificación de una manera legitimadora y humanizadora. Esta lucha se describe ampliamente en Bar-Tal, Oren y Nets-Zehngut (2014). Sin embargo, la mayoría de los miembros del grupo interno en la mayoría de los casos apoyan significativamente las narrativas presentadas por sus líderes y por lo tanto aseguran su hegemonía.

Una segunda lucha que se describirá a continuación se centra en la confrontación entre las narrativas de los rivales. Esta importante lucha se desarrolla en el ámbito de la comunidad internacional, en la opinión pública y los medios de comunicación, pero sobre todo a través de los gobiernos y las organizaciones internacionales. Esta severa lucha que también puede describirse como una guerra psicológica es de gran importancia.

En esta época de globalización e internacionalismo, las opiniones de la opinión pública mundial, de los gobiernos extranjeros y de las organizaciones internacionales son extremadamente pertinentes para los conflictos interétnicos, intersociales e internacionales. A pesar de la importancia de los intereses económicos y geopolíticos, el público internacional observa el conflicto y desarrolla una opinión sobre qué bando es más justo, qué bando lleva a cabo la mayor parte de los actos inmorales, qué bando es la víctima en el conflicto y qué relato es más creíble.

Aunque puede haber diferencias de juicio en el mundo, cuando la mayoría de los ciudadanos del mundo evalúa más positivamente a un bando, viendo sus objetivos como más justificados y como víctima del conflicto, ayuda significativamente a este bando. A la larga, este apoyo puede afectar al resultado del conflicto, como ocurrió en los conflictos relacionados con la descolonización. Así, no es de extrañar que los rivales en conflictos intratables como el israelí-palestino o el indio-pakistaní, o en Chipre o Irlanda del Norte, inviertan muchos recursos y esfuerzos en intentar persuadir a la comunidad internacional de la justicia de sus casos construyendo narrativas influyentes.

Las sociedades en conflicto utilizan una serie de métodos en su intento de ganar la lucha por las narrativas, que se presentan a continuación:

1º Control del flujo de información

Este mecanismo es crucial, ya que se refiere a la difusión selectiva de información sobre el conflicto al mundo por parte de las instituciones sociales formales e informales (por ejemplo, los ministerios del Estado, el ejército y los medios de comunicación), que proporcionan información que sostiene la narrativa dominante de apoyo al conflicto, mientras que suprimen la información que pueda cuestionarla. Esto se hace, por ejemplo, seleccionando fuentes amigas para la difusión de la información, estableciendo una organización central que se encarga de la difusión de las narrativas oficiales que apoyan el conflicto, e impidiendo que los periodistas o las ONG de supervisión entren en determinadas zonas de combate (Dixon, 2010).

Además, este método también se refiere a la preparación de la información y las narrativas con tiempo o adelantado, de modo que cuando se produzcan los acontecimientos, la comunidad internacional pueda ser persuadida de la credibilidad de la narrativa propagada.

Además, los bandos rivales pueden utilizar la censura formal para controlar el flujo de información, como hacen muchos Estados, incluso democráticos, en conflicto, y evitar así la exposición a información que pueda refutar la narrativa difundida. En el frente informal, las autoridades de las sociedades implicadas en un conflicto intratable intentan convencer del uso de la autocensura por parte de los miembros de la sociedad y, a menudo, incluso la imponen. Esta es la forma de evitar las filtraciones de información que niegan la narrativa oficial.

2º Desarrollo de la difusión profesional de la información.

Toda sociedad en conflicto desarrolla un sistema profesional que planifica, prepara, produce y difunde la información específica que desea presentar a la comunidad internacional. Incluye diferentes tipos de expertos, como fotógrafos, expertos en relaciones públicas, redactores, periodistas, etc., que trabajan profesionalmente para las autoridades para inventar y recopilar pruebas que apoyen las narrativas que quieren propagar.

De especial importancia son los encuentros violentos, que necesitan que se esclarezca y se explique qué bando es responsable de su estallido y de la violencia, y si se gestionan de acuerdo con las normas internacionales. A veces, parece que se han violado las leyes internacionales cuando se hiere a los civiles y/o se realizan actos inmorales. En tales circunstancias, cada parte culpa a la otra y compite por atribuir la responsabilidad al rival presentando pruebas creíbles. Las acusaciones y la culpabilización son parte inherente de los conflictos violentos y los sistemas encargados de transferir el conocimiento hacen todo lo posible por delegarlo en el otro bando.

La información que apoya la narrativa hegemónica de la sociedad se adapta a diferentes destinatarios en consecuencia: a los gobiernos, a la opinión pública en general, a los diferentes grupos de interés, a las organizaciones internacionales, etc. Los profesionales saben cómo preparar los contenidos y los medios para transmitirlos para cada grupo objetivo en función de sus valores, historia, necesidades y cultura.

3º Deslegitimación de la contra-información en el propio grupo.

Durante los conflictos intergrupales, a veces aparecen organizaciones que defienden los derechos humanos y proporcionan información sobre las faltas de su propio intragrupo. Publican información sobre transgresiones de los derechos humanos y del derecho internacional por parte de miembros de su grupo, a menudo por parte de los militares, pero también de otros grupos.

Sus informes llegan a la comunidad internacional y desacreditan los relatos difundidos por las autoridades del grupo interno. Debido al daño dirigido a su propio grupo, la comunidad internacional suele considerar estos informes como dignos de confianza y creíbles. Por ello, las autoridades se esfuerzan por deslegitimar a las personas y organizaciones que proporcionan este tipo de información, así como el contenido de sus mensajes (Berger, 2005).

4º Desacreditar la información del rival.

Este método constituye el núcleo de los esfuerzos del grupo. Los grupos rivales distribuyen a la comunidad internacional su propio relato del conflicto: las narraciones que describen su estallido, su gestión, los factores que contribuyen a él, los principales acontecimientos, la responsabilidad de su continuación y la falta de resolución pacífica, las violaciones de los derechos humanos y los comportamientos inhumanos del rival, la realización de atrocidades de cualquier tipo por parte del rival, la intransigencia del grupo rival, etc.

Así, cada grupo no sólo presenta sus propias narrativas, sino que también se esfuerza por desacreditar las narrativas de su rival. Las estrategias para conseguirlo tienen como objetivo señalar las mentiras, la desinformación, los engaños, las artimañas, la deshonestidad, las manipulaciones de la información, etc. del rival.

5º Vigilancia de la información del rival.

Este mecanismo, llevado a cabo por instituciones sociales formales e informales, se refiere al escrutinio regular de diversas fuentes de conocimiento e información que difunde el grupo rival.

En este seguimiento, las instituciones examinan los libros de texto del rival, las noticias de los medios de comunicación, los documentos y declaraciones gubernamentales, los discursos de los líderes, etc., con el fin de identificar el contenido que viola las leyes, las normas y los valores de la comunidad internacional.

Al vigilar los mensajes del rival, los monitores tratan de encontrar mentiras, incitaciones, acusaciones falsas, términos impropios y acusaciones -toda la información que pueda desacreditar al rival- y luego publicarla.

6° Desarrollar relaciones con fuentes de información y grupos en el mundo.

Otro método que llevan a cabo los grupos rivales para hacer avanzar sus narrativas sobre el conflicto es establecer relaciones con figuras clave en los canales de los medios de comunicación de masas de los distintos Estados y, a continuación, hacerles llegar la información que corresponde a las narrativas del grupo interno y la información que desacredita las narrativas del rival.

Los grupos rivales encuentran en cada sociedad figuras que simpatizan con su causa por diferentes razones, ya sean religiosas, ideológicas o de otro tipo. Además, en los distintos estados es habitual encontrar grupos que simpatizan más con una de las partes implicadas en el conflicto.

Son especialmente importantes los copatriotas que han emigrado a un país diferente pero que mantienen una estrecha relación con la sociedad del grupo de pertenencia y se identifican con los objetivos del conflicto del grupo de pertenencia.

Además, a veces existen grupos que se identifican con un grupo del conflicto porque lo perciben como víctima, o se identifican con sus contenciones o sienten afinidad por otros motivos. Estas figuras y grupos sirven como difusores de las narrativas de un grupo en conflicto. Un grupo en conflicto cultiva y alimenta las relaciones con estas figuras y grupos y les proporciona información que refuerza su apoyo en la lucha por las narrativas.

7° Desarrollar relaciones con líderes de Estados y de organizaciones internacionales.

Los gobiernos, los líderes de la sociedad y los dirigentes de las organizaciones internacionales son actores importantes en la política internacional. Los rivales en un conflicto intergrupal violento invierten esfuerzos en persuadirlos, motivarlos e influir en ellos para que apoyen su causa.

Esto se lleva a cabo de diversas formas -mientras se obtienen ganancias instrumentales para ellos- como la económica, la política, etc., o utilizando argumentos morales y humanitarios para obtener apoyo para las narrativas. Todas estas formas se consideran legítimas en la lucha por el apoyo internacional.

8° Uso de los medios sociales.

Los medios de comunicación social ofrecen amplias posibilidades para llegar al público. Redes como Facebook, Twitter o Instagram ofrecen infinitas oportunidades para hacer proliferar las narrativas propias y rechazar las del rival.

Este ámbito tiene un potencial ilimitado por sus posibilidades relativamente anónimas de implantar información falaz o engañosa. La información falsa también puede distribuirse de otras maneras, pero las redes sociales, como ya ha visto el mundo estos últimos años, son una de las más fáciles.

Conclusión

Los conflictos sangrientos entre grupos son una parte inherente del repertorio humano. Probablemente, los conflictos violentos de larga duración también se produjeron en la prehistoria. Sin embargo, los conflictos que tuvieron lugar durante la era de la civilización son más conocidos porque los historiadores los documentaron. El conflicto entre las ciudades persas y griegas es uno de los ejemplos más destacados de un conflicto de este tipo que duró unos cincuenta años. En estos primeros tiempos, las partes beligerantes también construyeron relatos para movilizar sus fuerzas militares.

Son bien conocidos, por ejemplo, los discursos del político y general ateniense Temístocles que movilizaron a sus compatriotas para detener la invasión persa, documentados por Heródoto. Construyó un relato persuasivo que inspiró a los atenienses a defender su ciudad.

Esta práctica se ha mantenido hasta hoy. Los líderes que deciden entrar en un conflicto violento con otra sociedad tienen que construir una narrativa bien establecida, bien justificada, motivadora e inspiradora. Tiene que animar a los miembros de la sociedad a estar dispuestos a sacrificar sus vidas y a realizar actos de violencia contra los miembros del grupo rival.

Estos actos no deben darse por sentados, sino que deben estar bien racionalizados, aunque luego se lleven a cabo a menudo como resultado de la obediencia y la conformidad. Sin este tipo de movilización narrativa de los participantes para la violencia, el conflicto está condenado al fracaso. Las narrativas más conocidas y persuasivas son las construidas por Hitler, que movilizaron con éxito a los alemanes con narrativas megalómanas nacionalistas y racistas para que participaran en las guerras con tremenda violencia y atrocidades que, en última instancia, tuvieron consecuencias desastrosas para la nación alemana y el mundo.

Al decir esto no quiero dar a entender que toda narrativa carece de fundamento moral. En absoluto. Muchos de los conflictos violentos entre grupos se libran por objetivos que la comunidad internacional considera justamente acordes con los valores aceptados como morales y los objetivos legítimos.

Los conflictos que se libraron contra la colonialización, la opresión, la discriminación, la limitación de la libertad y la igualdad son ejemplos de este tipo de luchas. Dado que las partes casi siempre se niegan a renunciar voluntariamente al poder, los recursos, los territorios o el control, incluso cuando fueron adquiridos injustamente y causan sufrimiento, opresión, discriminación o miseria, las sociedades y los grupos tuvieron que recurrir a la violencia para lograr la justicia. Por desgracia, hay muchos ejemplos de este caso en la historia de la humanidad.

En el presente capítulo se ha descrito el papel de las narrativas movilizadoras de conflictos violentos y las necesidades que deben satisfacer para tener éxito. También se han detallado los métodos de su construcción. Sin embargo, la última parte del capítulo es especialmente importante porque se centra en la lucha entre las narrativas de las sociedades rivales que intentan persuadir a la comunidad internacional de la justicia de sus propios objetivos en el conflicto y de la posición moral de la sociedad en conflicto.

Esta lucha es un fenómeno relativamente nuevo. A lo largo de los tiempos, los líderes no se han preocupado de esta misión. Los conflictos estallaban sin justicia ni moralidad. Pero especialmente desde la Segunda Guerra Mundial esta misión se ha convertido en algo crucial. La moral, la justicia, los derechos humanos y las leyes y normas internacionales se han convertido en la brújula de muchas sociedades. La opinión pública mundial con los líderes, las instituciones y las organizaciones importa y juega un papel importante en el curso de los conflictos violentos.

Por ello, no es de extrañar que las partes en un conflicto violento hagan todo lo posible por conseguir el apoyo de la comunidad internacional a su lado. Para tener éxito en esta misión, tienen que ganar la lucha por las narrativas con la sociedad rival. Para lograr este objetivo, utilizan una variedad de métodos elaborados. Esta lucha es feroz, despiadada y agresiva. Ambas partes saben que puede determinar el resultado del conflicto.

La principal conclusión de este capítulo es que la comunidad internacional debe ser consciente de los métodos que las partes en conflicto llevan a cabo en su lucha, tras lo cual tiene que hacer esfuerzos para que su juicio no se vea afectado por ellos.

A menudo, la parte que cuenta con mayores recursos, poder y conexiones, pero no necesariamente con la superioridad moral o la justicia, es capaz de persuadir al menos a una parte de la comunidad internacional de la credibilidad de sus propias narrativas. El papel de la comunidad internacional es desarrollar instituciones y medios para supervisar los conflictos con el fin de prevenir la injusticia y las violaciones de los derechos humanos, pero sobre todo para llevar a las dos partes rivales a una resolución pacífica del conflicto.

Fuente y referencias

Fuente

Bar-Tal, Daniel. 2018. Conflict supporting narratives and the struggle over them In A. Srour & A. Mana (Eds.), *Collective narratives in intractable conflict :The case of the Israeli and Palestinian societies*. Cambridge: Cambridge Scholars Publishing

Referencias

- Apter, D. E. (Ed.) (1997). *Legitimization of violence*. New York: New York University Press.
- Auerbach, Y. (2010). National narratives in a conflict of identity. In J. Bar-Siman-Tov (Ed.), *Barriers to peace in the Israeli-Palestinian conflict* (pp.99-134). Jerusalem: The Jerusalem Institute for Israel Studies.
- Azar, E. E. (1986). Protracted international conflicts: Ten propositions. In E. E. Azar & J. W. Burton (Eds.), *International conflict resolution* (pp. 28-39). Sussex: Wheatsheaf Books.
- Bamberg, M. G. W., & Andrews, M. (2004). *Considering counter narratives: narrating, resisting, making sense*. Amsterdam, Philadelphia: J. Benjamins.
- Bandura, A (1999) Moral Disengagement in the Perpetration of Inhumanities. *Personality & Social Psychology Review*. 3 (3)
- Baron, R. A., & Richardson, D. (1994). *Human aggression*. New York: Plenum.
- Bar-Tal, D. (1989). Delegitimization: The extreme case of stereotyping and prejudice. In D. Bar-Tal, C.F. Graumann, A.W. Kruglanski & W. Stroebe (Eds.), *Stereotyping and prejudice: Changing conceptions* (pp. 169-182). New York: Springer Verlag.
- Bar-Tal, D. (1990). Causes and consequences of delegitimization: Models of conflict and ethnocentrism. *Journal of Social Issues*, 46, 65–81.
- Bar-Tal, D. (2007). Sociopsychological foundations of intractable conflicts. *American Behavioral Scientist*, 50, 1430-1453.
- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable conflicts: Socio-psychological foundations and dynamics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bar-Tal, D. (Ed.), (2011) *Intergroup conflicts and their resolution: Social psychological perspective*. New York: Psychology Press.
- Bar-Tal, D., & Hammack, P. L. (2012). Conflict, delegitimization and violence. In L. R. Tropp (Ed.), *Oxford handbook of intergroup conflict* (pp. 29-52). New York: Oxford University Press.
- Bar-Tal, D., Oren, N., & Nets-Zehngut, R. (2014). Sociopsychological analysis of conflict-supporting narratives: A general framework. *Journal of Peace Research*, 51, 662-675
- Bar-Tal, D., & Teichman, Y. (2005). *Stereotypes and prejudice in conflict: representation of Arabs in Israeli Jewish society*. New York: Cambridge University Press.
- Baumeister, R. (1991) *Meanings of life*. New York : Guilford Press
- Baumeister, R., & Hastings, S. (1997). Distortions of collective memory: How groups flatter and deceive themselves. In J. Pennebaker, D. Paez, & B. Rime (Eds.), *Collective memory of political events*, (pp. 277-293). Mahwah, NJ: Erlbaum.
- Berger, S. (2005). A return to the national paradigm? National history writing in Germany, Italy, France, and Britain from 1945 to the present. *The Journal of Modern History*, 77(3), 629-678.
- Brandenberger, D. (2009). A new short course? A. V. Filippov and the Russian State's search for a "Usable Past". *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History*, 10(4), 825-833.
- Brubaker, R., & Laitin, D. D. (1998). Ethnic and nationalist violence. *Annual Review of Sociology*, 24, 423-452.
- Bruner, J. S. (1990). *Acts of meaning*. Cambridge, MS: Harvard University Press.
- Burton, J. W. (Ed.) (1990). *Conflict: Human needs theory*. New York: St. Martin's Press

- Coleman, P. T. (2003). Characteristics of protracted, intractable conflict: Towards the development of a metaframework - I. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 9(1), 1-37.
- David, O., & Bar-Tal, D. (2009). A socio-psychological conception of collective identity: The case of national identity. *Personality and Social Psychology Review*, 13, 354-379.
- Dixon, J. M. (2010). Defending the nation? Maintaining Turkey's narrative of the Armenian genocide. *South European Society and Politics*, 15, 467-485
- Donagan, A. (1979). *The theory of morality*. Chicago: University of Chicago Press.
- Eidelson, R. J., & Eidelson, J. I. (2003). Dangerous ideas: Five beliefs that propel groups toward conflict. *American Psychologist*, 58(3), 183-192.
- Ellemers, N. (2002). Social identity and relative deprivation. In I. Walker, & H. J. Smith, (Eds.), *Relative deprivation: Specification, development and integration* (pp. 239-264). Cambridge: Cambridge University Press.
- Feldman, F. (1992). *Confrontations with the reaper: A philosophical study of the nature and value of death*. New York: Oxford University Press.
- Frank, J. D. (1967). *Sanity and survival: Psychological aspects of war and peace*. New York: Random House.
- Galtung, J. (1996). *Peace by peaceful means: Peace and conflict, development and civilization*. London: Sage.
- Gurr, T. R. (1993). *Minorities at risk*. Washington, D.C.: U.S. Institute of Peace.
- Hammack, P. L. (2008). Narrative and the cultural psychology of identity. *Personality and Social Psychology Review*, 12(3), 222-247.
- Heisler, M. (2008). Challenged histories and collective self-concepts: Politics in history, memory, and time. *The ANNALS of the American Academy of Political and Social Science*, 617, 199-211.
- Hirshberg, M.S. (1993). The self-perpetuating national self-image: Cognitive biases in perceptions of international interventions. *Political Psychology*, 14 (1), 77-98.
- Horowitz, D. L. (1985). *Ethnic groups in conflict*. Berkeley. California University Press.
- Kaplowitz, N. (1990). National self-images, perception of enemies, and conflict strategies: Psychopolitical dimensions of international relations. *Political Psychology*, 11, 39-82.
- Kelman, H. C. (2001). The role of national identity in conflict resolution. In R.D. Ashmore, L. Jussim, & D. Wilder (Eds.), *Social identity, intergroup conflict, and conflict reduction* (pp. 187-212). New York: Oxford University Press.
- Klandermans, B. (1984). Mobilization and participation: Social psychological expansions of resource mobilization theory. *American Sociological Review*, 49, 583-600.
- Kleinig, J. (1991). *Valuing life*. Princeton: Princeton University Press.
- Korostelina, K. (2006). National identity formation and conflict intentions of ethnic minorities. In M. Fitzduff, & C. E. Stout (Eds.), *The psychology of resolving global conflicts: From War to peace* (Vol. 2, pp. 147-170). Westport CT: Praeger Security International.
- Kriesberg, L. (2007). *Constructive conflicts: From escalation to resolution* (3rd edition). Lanham, MD: Rowman & Littlefield.
- Landman, S. (2010). Barriers to peace: Protected values in the Israeli-Palestinian conflict. In Y. Bar-Siman-Tov, *Barriers to peace: The Israeli-Palestinian conflict* (pp. 135-177). Jerusalem: Jerusalem Institute for Israel Studies.
- Lerner, M. (1980). *The belief in just world*. New York: Plenum.
- LeVine, R. A., & Campbell, D. T. (1972). *Ethnocentrism*. New York: Wiley.
- Lindemann, H. (2001). *Damaged identities, narrative repair*. Ithaca: Cornell University Press.
- Maddi, S. R. (1971). The search for meaning. In W. J. Arnold, & M. M. Page (Eds.) *Nebraska Symposium on motivation 1970* (pp.137-186). Lincoln: University of Nebraska Press.
- Maslow, A.H. (1970). *Motivation and personality* (2nd ed.), New York: Harper & Row.
- Opatow, S. (1990). Moral exclusion and injustice: An introduction. *Journal of Social Issues*, 46, 1-20.
- Papadakis, Y. (2008). *History education in divided Cyprus: A comparison of Greek Cypriot and Turkish Cypriot school books on the "history of Cyprus"*. PRIO report 2/2008. Oslo: International Peace Research Institute.
- Reykowski, J. (1982). Social motivation. *Annual Review of Psychology*, 33, 123-154.

- Rieber, R. W. (Ed.). (1991). *The psychology of war and peace: The image of the enemy*. New York: Plenum Press.
- Rothman, J. (1997). *Resolving identity-based conflict in nations, organizations, and communities*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Skitka, L. J. (2002). Do the means justify the ends, or do the ends justify the means? A test of the value protection model of justice. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 28, 588-597.
- Srouf, A., Sagy, S., Mana, A., & Mjally-Knani, S. (2013). Collective narratives as indicators of examining intergroup relations: The case of Muslims and Christians in Israel, *International Journal of Conflict Management*, 24(3), 231-244.
- Stagner, R. (1967). *Psychological aspects of international conflict*. Belmont, CA: Brooks/Cole.
- Staub, E. (2011). *Overcoming evil: Genocide, violent conflict, and terrorism*. Oxford: Oxford University Press.
- Sumner, W. G. (1906). *Folkways: A study of the sociological importance of usages, manners, customs, mores, and morals*. Boston: Ginn.
- Tajfel, H., & Turner, J. C. (1986). The Social identity theory of intergroup conflict. In S. Worchel & G Austin (Eds.), *Psychology of intergroup relations*. (pp. 7-24). Chicago: Nelson Hall.
- Tajfel, H. (1981). *Human groups and social categories*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tetlock, P. E. (2003). Thinking the unthinkable: Sacred values and taboo cognitions. *Trends in Cognitive Science*, 7, 320-324.
- Tint, B. (2010). History, memory, and intractable conflict. *Conflict Resolution Quarterly*, 27(3), 239-256.
- Torsti, P. (2007). How to deal with a difficult past? History textbooks supporting enemy images in post-war Bosnia and Herzegovina. *Journal of Curriculum Studies* 39(1), 77-96.
- van Zomeren, M., & Iyer, A. (2009). Introduction to the social and psychological dynamics of collective action. *Journal of Social Issues*, 65, 645-660.
- Wertsch, J. (2002). *Voices of collective remembering*. Cambridge University Press.
- White, R. K. (1970). *Nobody wanted war: Misperception in Vietnam and other wars*. Garden City, NY: Anchor Books.
- Williams R. M. (1994). The sociology of ethnic conflicts: Comparative international perspectives, *Annual Review of Sociology*, 20, 49-79.
- Wohl, M. J. A., & Branscombe, N. R. (2008). Collective angst: How threats to the future vitality of the ingroup shape intergroup emotion. In H. Wayment & J. Bauer (Eds.), *Transcending self-interest: Psychological explorations of the quiet ego* (pp. 171-181). Washington, DC: American Psychological Association.